



Seix Barral Biblioteca Breve

Santiago Roncagliolo

El pastor y los lobos

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta Perú, S.A.

© 2026, Santiago Roncagliolo

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

Edición: Daniel Titingher

Diseño de portada: Anónima Content Studio | Franco Zegovia
y Estéfano Onofre

Cuidado de edición: Anónima Content Studio

Fotografía del autor: © Richard Hirano

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en Perú: junio de 2026

ISBN: 978-612-5154-32-3

Primera edición impresa en México: agosto de 2026

ISBN: 978-607-39-4856-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

I

La historia de este libro comienza en Chile, durante un viaje del papa Francisco en enero de 2018, y termina en Roma, poco después de su muerte.

En el momento del viaje a Chile, Francisco era uno de los pontífices más populares en dos mil años de historia de la Iglesia católica. A diferencia de su antecesor, de todos sus antecesores, Francisco no proyectaba una imagen pública pomposa ni solemne. Al contrario, era un argentino sonriente y conversador. Se ponía sombreros mariachis y penachos de plumas. Se fotografiaba con Spiderman. Y, algo inaudito, hacía chistes frente a la cámara.

Como este:

—San Antonio es el patrono de las chicas que buscan novio. Pero ellas le rezan dependiendo de su edad. A los veinte años, le piden a san Antonio que el novio venga, que tenga y que convenga. A los treinta, que venga y que tenga. A los cuarenta, ya solo que venga, como sea.

Parecía un progresista moderno, al menos tanto como puede parecerlo un papa, que tampoco es un líder *queer*.

Al principio de su pontificado, «progresismo» significaba sobre todo tratar bien a los divorciados. Para el catolicismo, el matrimonio es una unión certificada por Dios. Yo, hijo de divorciados, asistí a un colegio católico. Recuerdo perfectamente a los sacerdotes hablando de mis padres como si fuesen

delincuentes. Según esos curas, Papá y Mamá no podían recibir la comunión en misa ni volverse a casar con nadie. Como la Iglesia no aprobaba el sexo fuera del matrimonio, tampoco podían volverse a enamorar. Estaban cruelmente condenados a la soledad. O al ateísmo. Si algo los alejó de la religión fue la prohibición de equivocarse, la obligación de pasar toda la vida con alguien a quien ya no quieres, la necesidad de ser perfectos.

El papa argentino pensaba diferente:

—Las personas que se han divorciado no necesitan que les digan que es algo malo. Necesitan recuperarse y reconstruir sus vidas nuevamente. La Iglesia debe estar a su lado y mostrar misericordia.

Semejantes opiniones causaron gran escándalo entre los sectores más conservadores del catolicismo. Altas autoridades de la Iglesia expresaron su rechazo con una energía nunca vista tratándose de su líder supremo. Durante los primeros años de su pontificado, Francisco libró esa batalla, que pronto parecería de una inocencia conmovedora o, peor aún, de una alienación insoportable.

No se daba cuenta de que el problema *ahí afuera* ya era otro.

Chile le abriría los ojos, y lo haría con tenazas. En ese país, durante la segunda década de este siglo, se destaparon con gran trauma los abusos sexuales de Fernando Karadima, hasta entonces, un sacerdote muy conocido en el país, un santo para sus seguidores. Formador de cinco obispos, Karadima atiborraba sus estanterías con fotos del papa Juan Pablo II y se ufanaba de su anticomunismo radical y excelentes relaciones con la sangrienta dictadura de Augusto Pinochet y también con la élite económica de su país.

Los ricos de Chile confiaban tanto en Karadima que le entregaba a sus hijos para que los formase espiritualmente. Aunque, a algunos de ellos, él los usaba para satisfacer apetitos más terrenales. Sobre todo, le gustaban los *niños bien* con carencias paternas. Las madres buscaban un ejemplo moral... y Karadima les ofrecía uno inmoral. Los chicos buscaban dirección para sus almas y él esclavizaba sus cuerpos.

Uno de ellos, Juan Carlos Cruz, ha escrito un libro con su testimonio. Cruz había asistido a un exclusivo colegio de la Holy Cross y su padre había fallecido. Lo tenía todo para ingresar en el círculo íntimo del líder. Haré la historia corta: durante ocho años, Cruz fue besado, tocado, masturbado y penetrado por Fernando Karadima. También torturado psicológicamente. Resistirse despertaba la cólera del sacerdote. Huir era imposible. En su familia, en su clase social, Karadima tenía el poder de destruirlo.

Por este testimonio y muchos otros, Karadima jamás cumplió una condena penal. Aunque la judicatura chilena consideró probados los cargos, los crímenes habían prescrito.

Para contener el escándalo, el papa previo a Francisco, Benedicto XVI, había condenado al abusador a una vida de «oración y penitencia», una especie de exilio apartado de cualquier exposición pública, en algún lugar lejano que no se dio a conocer. Pero ni siquiera lo había expulsado del Estado clerical. Karadima siguió siendo un sacerdote, aunque uno escondido. El Vaticano pensó que con eso sería suficiente. Que todo quedaría olvidado.

Total, el problema son los divorciados. Qué horror, los divorciados.

Para 2015, el siguiente papa, Francisco, daba por cerrado el tema de Karadima. Y no tuvo empacho en nombrar obispo a Juan Barros, uno de los sacerdotes más cercanos al abusador, acusado de encubrir sus crímenes. Un obispo es una especie de gobernador espiritual, el jefe eclesiástico de una jurisdicción llamada «diócesis». A Barros le correspondía la diócesis de Osorno.

El nombramiento parecía una provocación. Juan Carlos Cruz cuenta en su libro que Barros se besaba con Karadima y compartía con él los secretos de confesión de los demás discípulos. Con total crudeza, Cruz declaró a la prensa de su país:

—Juan Barros estaba parado ahí, mirando, cuando me abusaban a mí. No me lo contaron. Me pasó.

Durante la ceremonia del nombramiento de Barros se produjo una batalla campal. En el exterior del templo, se congregaron centenares de manifestantes con globos negros y letreros pidiendo la renuncia del obispo. Uno de ellos decía «Osorno no es un basurero».

A la protesta se sumaron feligreses, diputados, sacerdotes y obispos de todo Chile. Nada de eso impidió a Barros convertirse en obispo.

Tres años después, en enero de 2018, durante su viaje pastoral a Chile, Francisco no esperaba mayor debate. Se limitaría a celebrar misas en explanadas amplias —como el gigantesco parque O'Higgins—, a reunirse con autoridades —en el Palacio de la Moneda, sede de gobierno—, a visitar centros de culto —la catedral, un par de santuarios— y a llevar esperanza a gente que sufre —las reclusas de una cárcel femenina—. Como de costumbre, saludaría desde un papamóvil blanquísimo a una multitud de familias, monjitas y banderas blanquiamarillas del Vaticano. Todo estaba medido para ser popular, bonito, amable.

En un alarde de inconsciencia, el Santo Padre se negó a hablar con las víctimas de los abusos de Karadima. Como si fuera poco, se hizo acompañar en apariciones públicas por el obispo Barros. Nada menos. No solo parecía indiferente ante los abusos sexuales. Parecía orgulloso de su obispo.

En una de sus apariciones públicas, mientras el pontífice saludaba fieles y encajaba bendiciones, una periodista le preguntó al respecto. Detrás de una reja, rodeado por guardaespaldas y sacerdotes, como acorazado contra la realidad, el papa respondió visiblemente enfadado:

—El día que me traigan una prueba contra el obispo Barros, ahí sí que voy a hablar —dijo—. No hay una sola prueba en su contra. Todo es calumnia, ¿está claro?

Fue entonces cuando estallaron las protestas.

Se produjeron doce atentados contra iglesias de Chile. Algunas fueron quemadas, otras dañadas, la mayoría pintadas con grafitis de «pedófilos» o «cómplices». En la iglesia

Santa María de Hungría de la comuna Estación Central de Santiago, los vándalos echaron combustible sobre el portón de madera y le prendieron fuego. La de la Recoleta, en el norte de la capital, fue atacada con un artefacto explosivo que hizo añicos las ventanas y descerrajó las puertas. La bomba de la capilla Cristo Vencedor de Peñalolén abrió un forado en la pared.

En varios de los templos siniestrados, los atacantes dejaron caer el mismo panfleto amenazante:

—¡PAPA FRANCISCO LAS PRÓXIMAS BOMBAS SERÁN EN TU SOTANA!

Si el papa no escuchó las bombas ni supo de los incendios en los templos, al menos llegaron esas noticias a sus oídos porque las protestas callejeras hostigaron sus actos públicos. En muchas de esas manifestaciones, tuvo que intervenir la policía antidisturbios.

El viaje a Chile pasaría a la historia como el peor error de Francisco, el papa simpático, el de los chistes, el que pedía amar a la gente que sufre, pero solo si los causantes del sufrimiento no trabajaban para él.

«La incuestionable popularidad del papa comenzó a debilitarse —señaló el diario *La Tercera* de Chile y, citando a un corresponsal francés, añadió—: sus partidarios superan ampliamente a sus detractores, pero eso puede estar a punto de cambiar».

Las imágenes aéreas de sus misas y ceremonias mostraban amplios espacios vacíos.

El cardenal Sean O'Malley, jefe de la Comisión Pontificia para la Protección de Menores, asesor papal y arzobispo de Boston, declaró abiertamente contra su propio jefe:

—Es comprensible que las declaraciones del papa Francisco han sido motivo de gran dolor para los sobrevivientes de abusos sexuales cometidos por el clero o algún otro perpetrador.

La prensa internacional consideró unánimemente el viaje como el primer fracaso y la primera crisis del pontificado.

La aparente indiferencia del Santo Padre hacia las víctimas causaba bastante indignación por sí misma. Pero, sumada a la actitud bonachona de Francisco, su buen rollo aperturista y su insistencia en calmar el sufrimiento, parecía reflejar algo peor, algo de lo que se ha acusado a la Iglesia católica muchísimas veces:

La más brutal hipocresía.

II

Dieciocho días después de la muerte de Francisco, para ser precisos, el 8 de mayo de 2025 a las 18:08, la Capilla Sixtina emitió fumata blanca, la señal de que había un sucesor.

El cónclave en que los cardenales eligen entre ellos al pontífice del catolicismo es el único momento en que la Iglesia ofrece una historia de suspenso, y la prensa llevaba semanas barajando nombres: el diplomático Parolin, el conservador Erdö, el carismático Tagle. ¿El nuevo líder de mil cuatrocientos millones de católicos sería un continuador de Francisco o un opositor?

En preparación para salir al balcón central de la basílica y presentarse ante el mundo, el elegido se encerró en la Sala de las Lágrimas, una pequeña habitación contigua a la capilla, donde los papas recién electos suelen llorar de emoción, pero también cambiarse de ropa. Su primer mensaje al mundo sería su vestimenta.

Doce años antes, Francisco había escogido una sencilla sotana blanca que transmitía humildad y pureza. Su heredero recuperó la tradicional muceta roja, una capa corta que cubre el pecho, y la estola, una bufanda rígida bordada con hilos dorados, símbolos de la autoridad del sumo pontífice. Francisco había llevado una cruz metálica con un cordón sencillo. El nuevo papa optó por una cruz con reliquias de santos de su congregación, la orden de san Agustín, y le añadió el cordón

dorado llamado cíngulo. Su fotografía anunciaría un regreso a la tradición alineada con los valores de su comunidad. Quizá una ruptura con Francisco.

Por fin, se abrieron los cortinajes del balcón y apareció el cardenal Dominique Mamberti flanqueado por dos monaguillos. Mamberti esperó sin inmutarse que se hiciese el silencio en la multitud. Claramente disfrutaba del momento de suspenso. Por fin, proclamó en latín, el idioma que hace siglos convirtió a su Iglesia en una corporación transnacional:

—*Annuntio vobis gaudium magnum: Habemus papam.*

Luego de unos segundos, pronunció los dos nombres del elegido, el de su nacimiento, y el nuevo, el que había elegido para liderar la Iglesia.

Los informativos repitieron en todos los idiomas el nombre de Robert Francis Prevost, ahora León XIV. El primer papa estadounidense en dos milenios salió a recibir los aplausos.

Durante casi tres semanas de rabiosa especulación sobre el elegido, los periodistas no habían reparado tanto en Prevost, así que no sabían qué esperar. Apenas había sido obispo durante diez años, cardenal durante dos. En las redes sociales, los usuarios de gatillo fácil sospecharon un papa cercano a las posiciones del presidente de su país, Donald Trump, más conservadoras y nacionalistas que las del progresista Francisco. Ya está de vuelta, decían unos, la Iglesia oscurantista, tradicionalista, encerrada en palacios, dedicada a mantener a los pobres anestesiados para proteger los valores de los ricos. El opio del pueblo. Ya está de vuelta, aventuraron los del otro lado, la Iglesia de toda la vida, la que protege a la familia y a la gente decente.

Pero entonces el papa comenzó su discurso, y lo que hizo con el micrófono impactó más que su atuendo o su origen.

Habló en español.

Ni siquiera su predecesor había usado su propia lengua el día de su presentación.

La tradición manda a dar ese mensaje en italiano, porque el papa es el jefe universal de la Iglesia católica, pero también

es obispo de Roma. De hecho, además es el jefe de Estado de un país: el Vaticano, y por si fuera poco, el vicario de Cristo, patriarca de Occidente, primado de Italia, sucesor del primado de los apóstoles y muchos otros títulos que le confieren una autoridad ubicua, inclasificable, multiforme.

El caso es que la bendición que da el papa en ocasiones especiales —como la Pascua o esta misma— se llama *urbi et orbi*, lo que significa *para la ciudad y el mundo*. Lo normal es ofrecerla en el idioma de la ciudad.

Por no mencionar que los medios informativos de cinco continentes contratan para la retransmisión traductores de italiano.

León XIV respetó la tradición durante casi todo su discurso. Habló en la lengua local sobre la paz, sobre Cristo, sobre su antecesor y sobre los cardenales que lo habían elegido. Nada fuera de lo previsto. Ese discurso se emplea para dar una primera impresión diciendo cosas en las que todos estén de acuerdo. Incluso si no le hubiese gustado su antecesor, León XIV habría tenido que mencionarlo con admiración. Lo contrario habría sido una ofensa.

Sin embargo, en un momento dado, se salió del guión. Para frustración de los traductores, cambió a un castellano casi nativo —apenas un ligero acento, una vacilación gramatical— y mandó un recuerdo personal:

—Si me permiten también una palabra, un saludo a todos aquellos, y en modo particular a mi querida diócesis de Chiclayo en el Perú, donde un pueblo fiel ha acompañado a su obispo, ha compartido su fe y ha dado tanto, tanto, para seguir siendo Iglesia fiel de Jesucristo.

A continuación, volvió al italiano. En todo el discurso, no empleó la lengua inglesa. Ni mencionó a los Estados Unidos.

Ese año, en los Estados Unidos, el presidente Donald Trump estrenaba su segundo mandato con las mismas siglas de siempre bordadas en las gorras de sus seguidores: *MAGA. Make America Great Again*. Sin duda, no le gustan mucho los extranjeros. Su anuncio estrella había sido la imposición

de aranceles, literalmente, a todos los países del globo. Había acusado al principal aliado de su país, la Unión Europea, de haberse fundado para «joder» a los Estados Unidos. En junio, desplegaría a dos mil soldados de la Guardia Nacional para cazar inmigrantes latinoamericanos en la ciudad de Los Ángeles.

Dada la atmósfera de intoxicación patriótica, los conservadores reaccionaron al discurso de León XIV con una asombrosa hostilidad, considerando que se trataba de un saludito del pastor a sus ovejas. En un canal de televisión de Estados Unidos, un comentarista declaró:

—Me habría encantado que el primer papa de América dijese algo en inglés.

Otro tertuliano añadió:

—¿Cómo podemos considerarlo un papa americano si ni siquiera habla su lengua materna? Me ha parecido muy desagradable.

En Fox Business:

—Me sorprendió un poco que un nativo de Chicago no pronunciase al menos algunas palabras en inglés.

Los opinadores de derecha, precisamente los más cristianos, estaban en *shock*: ¿cómo es que un americano no va por ahí gritando todo el tiempo que es americano? ¿Acaso el papa cree que es mejor hablar español —precisamente español, el lenguaje de los *bad hombres*— que el idioma de nuestro gran país?

A decir verdad, los conservadores tenían otras razones para preocuparse. Lo de la lengua solo reflejaba un cariño personal. En realidad, León XIV había apuntado ideas políticas más contundentes.

Tres meses antes de su elección, en febrero, el aún cardinal Prevost había tuiteado una contundente réplica al vicepresidente de los Estados Unidos, J. D. Vance.

Ocurrió después de que Vance, en una entrevista con el canal de derechas Fox News, defendiese el rechazo de su gobierno contra los inmigrantes usando una cita de san Agustín. Aquella vez, Vance dijo:

—Es un concepto cristiano que primero amas a tu familia y después amas a tu vecino, después a tu comunidad, después a tus compatriotas, y solo después de todo eso, llega el turno del resto del mundo.

En respuesta, el agustino Prevost compartió un artículo del periódico católico *National Catholic Reporter* destacando el titular:

—J. D. Vance se equivoca. Jesús no nos pide hacer un *ranking* con el amor al prójimo.

Poco antes del cónclave, el movimiento MAGA ya había disparado las alertas. Steve Bannon, estratega político de la extrema derecha, ideólogo del primer gobierno de Trump y autor del pódcast radical *War Room* predijo la elección de Prevost en una entrevista con uno de sus grandes voceros, Piers Morgan:

—Uno de los caballos oscuros y, lamentablemente, de los más progresistas es el cardenal Prevost... Sin duda se halla entre los finalistas, lo que me parece escandaloso dado su desprecio por la Iglesia americana. [...] A mi entender, Prevost es uno de los más cercanos a Francisco ideológicamente.

Tras el nombramiento de Prevost como León XIV, el Gobierno de los Estados Unidos evitó comentar el twit o el tema del discurso. Al fin y al cabo, Donald Trump es un hombre de televisión. Días antes del cónclave, había postestado en sus redes sociales una graciosa foto de sí mismo vestido de papa, lo cual demostraba cuánto respeto le merecía dicha institución. Ahora, simplemente saludó al nuevo pontífice, se congratuló de ser su paisano e invitó a uno de sus hermanos a la Casa Blanca. Prevost se había hecho famoso y, para el presidente, lo más importante era ser amigo de los famosos.

No obstante, fuera del Gobierno, su esfera política se movilizó de inmediato. Bannon declaró a un diario italiano que la elección papal había estado amañada por la «curia globalista» de su antecesor. Otros influencers MAGA, como Laura Loomer o Mike Cernovich, llamaron a León XIV «anti Trump», «marxista total» y «promotor del aborto». Todo eso

antes de que hiciese el menor comentario sobre nada relacionado con los Estados Unidos, su Gobierno o sus políticas. Como para que se lo fuese pensando.

Al sur del continente, el país que León XIV sí había mencionado, mi país, el Perú, no andaba por entonces tan orgulloso de sí mismo.

La inestabilidad política peruana parecía crónica: habíamos tenido seis presidentes en seis años, y todos los exmandatarios electos desde 1990 habían pasado por la cárcel excepto uno, que se suicidó de un disparo cuando la policía intentó capturarlo. Más de la mitad de los legisladores se hallaban bajo investigación judicial por delitos como corrupción, blanqueo de capitales o violación sexual. La precariedad política se traducían en precariedad del Estado. Las tasas de mortalidad durante la epidemia de covid habían sido por momentos las peores del mundo, la anemia infantil afectaba a casi la mitad de los bebés y no se conseguía erradicar la lepra. Por si fuera poco, en 2024, la tasa de homicidios había aumentado un treinta y cuatro por ciento.

Ahora, de repente, teníamos un papa.

La cobertura mediática del país no se fijó tanto en las tendencias políticas de León XIV o en su posición sobre la tradición eclesial. Lo principal fueron las fotos de sus décadas de trabajo en el país, la mayoría de ellas, tomadas por feligreses: el papa repartiendo sacramentos. El papa celebrando su cumpleaños. El papa comiendo guiso de pollo. En calidad de obispo al norte del país, en Chiclayo, donde estuvo desde 2014 hasta 2023, Prevost había ofrecido el sacramento de la confirmación a miles de adolescentes, y todos tenían instantáneas con él. Las imágenes se comentaban en TV y YouTube como la final de un mundial.

Casi la totalidad de diarios en el Perú celebraron:

«El papa es peruano».

Bueno, León XIV había nacido en Chicago. Pero eso es un detalle. Prevost tenía documento de identidad del Perú desde 2015, porque la ciudadanía es un requisito para ser obispo.

Hasta dos periódicos titularon *Habemus papa*, lo que sería normal pero resulta tierno por tratarse de diarios deportivos dedicados principalmente al fútbol... y porque la declinación latina está mal escrita.

No faltaron los que quisieron asociar a León XIV con la comida, porque la exquisita cocina del país es la fortaleza donde se refugia la autoestima nacional.

«Tan peruano como la papa», tituló *Extra*.

Finalmente, el diario *Ojo* se concentró en demostrar la identidad del pontífice con la única evidencia necesaria:

«El papa es peruano y extraña el ceviche».

El diario *Trome*, en busca de un análisis informativo, no buscó a un obispo, sino al camarero de un restaurante que frecuentaba, y que ofreció información crucial:

—No dejaba propina, pero siempre me daba la bendición.

La música peruana se sumó al homenaje. Le dedicaron a su papa cumbias, vales costeños y marineras norteñas, un privilegio reservado a cantantes o futbolistas.

Si uno mira por separado los comentarios de su industria, la reacción de la derecha estadounidense y la cobertura de la cultura popular peruana, parece que el 8 de mayo se hubiera elegido a varios papas diferentes, incluso opuestos: el riguroso tradicionalista, el radical marxista, el norteamericano de la gran ciudad, el peruano de provincias.

Aunque misterioso y desconocido para el público, al interior de la Iglesia, y especialmente entre los cardenales electores, muchos creían que ese hombre estaba destinado a ocupar el trono de San Pedro. Su nombre había sido colocado por el propio papa Francisco en la primera línea de sucesión.

De hecho, la elección de León XIV había comenzado a gestarse siete años antes, durante aquel catastrófico viaje del papa Francisco a Chile. La decepción global que causó esa visita cambió el curso del papado y puso en marcha una bola de nieve que solo podía terminar con la escena de Prevost saludando en español a las masas de la plaza de San Pedro.

Este libro cuenta lo que ocurrió en el medio.